

Entre las restauraciones que ha sufrido destaca la llevada a cabo por Eugenio Hermoso y Manuel Parralo, hijos ilustres de Fregenal.

Las fiestas-romerías se celebran el lunes de la II Semana de Pascua y el lunes de la III, el octavario. El último domingo de octubre hay otra celebración.

La coronación de 1906 fue realizada por el obispo Soto y Mancera. El 27 de abril, al celebrarse las bodas de oro, fue condecorada con el fajín de «Capitana General», con la aprobación del Papa Pío XII y del jefe del Estado, Francisco Franco.

Como corresponde a una Virgen tan popular, venerada en su santuario campestre, por tan variadas etnias y grupos, para las diversas necesidades, no faltan las populares coplas y caniones en los labios de sus hijos:

¡Oh Virgen de los Remedios
Patrona de Fregenal
que vienes regando el campo
por toda la capital!...

— ¿Quién será aquella señora
que asoma por aquel campo?
— Nuestra Madre: Los Remedios
que viene regando el campo.

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT BARCELONA

«Montserrat es el milagro de Cataluña. Es una cosa nuestra que no se parece a ninguna otra, se halla completamente fuera de las leyes naturales. Esto es Montserrat, que en la lejanía parece, tal vez, una lisa nube azulada fantásticamente; y, según por donde nos acerquemos, vemos cómo avanza un perfil de castillo gigantesco, con sus apretadas almenas; pero al llegar a sus pies, cuando se levanta ampliamente frente a nosotros, con sus mil vagas agujas a través de la niebla —incienso que brota entre ellas—, entonces Montserrat, por encima de todo, es un ara, un templo» (1).

Con estas palabras de Joan Maragall, traducidas, nos acercamos a un santuario que es bastante más que un lugar religioso.

A nosotros nos importa lo religioso, pero reconocemos que el sitio presenta una geología muy excepcional, extraña y distinta, que con sus conglomerados de formas especiales, parecen constituirse en templo natural, que asentado en una de las zonas más pobladas de Cataluña, muy cerca de Barcelona y rodeada de poblaciones como Sabadell, Tarrasa, Manresa, Igualada y Villafranca, miran a aquella altura de 1.245 metros como un campanario de adoración, llamando a lo divino.

No tiene nada de extraño que, desde la más remota antigüedad, se haya querido ver aquí la peana de algún templo religioso.

La leyenda lleva a la oscuridad de los tiempos. Una tradición antigua nos dice «que, hacia el año 546, un monje, llamado Quirico, fundó un monasterio en el actual emplazamiento de Monistrol, que debe a él su nombre, y que, al ocurrir la invasión árabe, los monjes ocultaron la imagen de la Virgen a que se daba culto en su iglesia».

«Encontrada esta u otra imagen a últimos del siglo IX, los monjes de Monistrol le edificaron una capilla, convertida por Wifredo el Velloso en un monasterio de monjas benedictinas, procedentes de San Pedro de las Puellas».

«Setenta y ocho años más tarde, el conde de Barcelona, Borrell, temeroso de los atropellos que pudieran cometer los musulmanes, que todavía se encontraban en aquellos contornos devolvió las monjas a Barcelona y puso monjes en el monasterio» (2).

En el siglo IX, en discutida fecha, es nombrado el primer prior, Raimundo, con monjes procedentes del monasterio de Ripoll, a cuya jurisdicción pertenecía la reciente fundación.

El abad Oliba, a través de un pleito que duró doce años con el monasterio de Santa Cecilia, consiguió la posesión de cuatro ermitas situadas en la montaña: San Pere, San Martí, Sant Iscle y Santa María. Sobre esta última logró se establecieran los monjes de Ripoll iniciándose la vida actual del monasterio.

Queda fuera de duda que los primeros monjes de Montserrat eran de dependencia ripollesa, que vivían en las alturas de la montaña.

En los años 1023-1036 se sitúa la construcción del primer monasterio y de la iglesia de Santa María. Una escritura de 1027 menciona por primera vez el monasterio de Montserrat. Más tarde se independizaría de Ripoll.

Sin embargo, hasta el siglo XIII no aparecen las primeras alusiones explícitas a la presencia de una imagen titular de la iglesia románica erigida por el abad Oliba, muerto en 1046.

Durante ese siglo XIII la vida del monasterio era ya intensísima. Un dato muy significativo lo encontramos en el hecho de que «Jaime I el Conquistador, en 1271, concedía salvaguarda a los peregrinos que viniesen a Montserrat y franqueza de servicio real». Otros monarcas como Pedro I el Grande visitaron el monasterio y Jaime II pagó cien libras de cera por su curación milagrosa (3).

Tan crecida popularidad de Montserrat debió ser la causa aprovechada por los monjes para sacudirse la dependencia de Ripoll, pero que no llegó hasta el siglo siguiente, cuando Benedicto XIII lo elevó a categoría de abadía en 1409. Desde ese momento siguió creciendo el culto y la importancia del monasterio y de la Virgen.

La imagen se nos describe con estas palabras:

«Bellísimo ejemplar de arte románico en madera tallada (siglos XII-XIII), mide, sentada, unos 90 cms. de altura. Una elegante diadema corona su cabeza, un almohadón sirve de escabel a sus pies, ricamente calzados. La indumentaria se compone de túnica, manto y toca en forma de red, que por debajo de la corona descende hasta media espalda. La túnica y el manto son dorados; la toca es policromada. En la mano derecha sostiene una bola; apoya suavemente la izquierda en el Niño, que tiene sentado en su regazo, vestido, excepto la toca, y coronado como la Madre. Tiene la mano derecha levantada en actitud de bendecir y sostiene en la izquierda una piña» (4).

El Niño es obra moderna y sustituye al desaparecido. Se halla perfectamente ejecutado.

Quando comenzó la costumbre de vestir las imágenes, también a esta de Montserrat se la adaptaron largos y ricos vestidos, que consiguieron crear la apariencia de que nos hallábamos ante tallas de mayores dimensiones a las que en realidad tienen. Como consecuencia resulta posible encontrar dibujos y fotografías que nos presentan la imagen vestida, creando una sensación muy distinta a la que en realidad corresponde.

Hoy esos vestidos postizos han desaparecido y es muy grato con-

templar la bendita talla en su pureza original. Se asienta sobre un trono costeadado por suscripción popular.

«Como otras imágenes antiguas y muy veneradas, la Virgen de Montserrat y su Niño son de color negro, circunstancia que justifica el nombre de Moreneta, con que la designan cariñosamente, aún hoy día, sus fieles devotos catalanes» (5).

La leyenda atribuye la imagen de Nuestra Señora al evangelista San Lucas y supone que es milagroso su hallazgo tras haber sido ocultada durante la invasión sarracena hacia el año 888. Fecha en que nosotros hemos colocado la donación de Wifredo el Velloso de las ermitas montserratinas, entre las que se encontraba la de Santa María.

En cuanto al sitio exacto, el hoy elegido, también reserva la tradición su propia parcela de leyenda:

«Al pretender trasladar la imagen del sitio en que se encontró, al llegar donde hoy está edificada la basílica, la sagrada imagen se hizo tan pesada que ni el obispo ni los acompañantes pudieron moverla» (6).

Fuera del recinto del monasterio se encuentra una capilla de reducidas dimensiones, reformada en el siglo XVII, llamada la Santa Cueva. Señala el lugar donde fue hallada la santa imagen. En el camino que conduce hasta ella, entre 1896 y 1916, fueron colocados los quince misterios del Rosario. Destacan el gran Crucifijo de Puig y Calafalch, trabajado en piedra y hierro forjado, y la Resurrección de Gaudí, con esculturas de Llimona.

El tiempo ha conseguido hacer de Montserrat uno de los complejos religiosos más importantes del mundo, con iglesias, monasterio, hospederías, albergues, colegios, cafeterías, comercios, etc. La biblioteca pasa ya de los cincuenta mil volúmenes. Es hoy un importante centro de investigación. Cuenta también con su propio archivo y museo bíblico, que se inauguró en 1910, el primero de estas características en España.

La actual iglesia, que sustituyó a la anterior románica, se levantó entre la mitad del siglo XIX y la mitad del XX.

La fachada principal, de estilo neoplateresco, fue edificada por Villar y Carmona con relieves y esculturas de los hermanos Vallmitjana y se abre en una plaza donde se asoman dos alas del claustro plateresco levantado en 1476.

Su interior está formado por una nave única de 70 metros de longitud, sin contar el camarín, 22 de anchura y 33 de alto. Se cubre con bóvedas de crucería.

La capilla mayor tiene forma poligonal y, aunque construida en el siglo XVI, fue modificada en el XIX. En ella figura un monumental retablo donde preside la imagen de la Virgen.

Aparte de la mayor tiene capillas laterales, seis a cada lado, teniendo encima otras tantas capillas altas o tribunas, que permiten un culto masivo y multitudinario.

El camarín nuevo fue proyectado por el arquitecto Folguera. Su acceso es através de una puerta de alabastro con esculturas de Enrique Monjó y otra de plata de con imágenes de Solanich.

Existe un camarín viejo de estilo neogótico, construido hacia 1876, por Villar y Carmona y decorado por Llimona.

Adosado a la iglesia se encuentra el monasterio de tres grandes alas y levantado en el siglo XVIII.

Para atender al culto el santuario tiene su propia creación: la escolanía. Se fundó en 1537. Es como un pequeño conservatorio y goza de prestigio internacional en todo el mundo. Ha sido semillero de grandes vocaciones musicales.

En el monasterio cantan todos los días la misa matinal y a las doce la salve, actos donde se dan cita los numerosos visitantes.

En los albergues caben cómodamente más de mil doscientas personas, lo que propicia la llegada de miles de peregrinos anuales.

Entre los medios que decisivamente han contribuido al culto de la Virgen hay que destacar la cofradía, de la que se cree que se hallaba muy floreciente ya en el siglo XII (8).

Hablar de la historia de la Virgen excede nuestras posibilidades, porque realmente ha sido alma de Cataluña.

Aquí han llegado santos como S. Ignacio de Loyola, S. Luis Gonzaga, S. Francisco de Borja, S. Juan de Mata, S. Pedro Nolasco, S. José de Calasanz, S. Benito Labre, S. José Oriol, S. Antonio M.^a Claret...

«El gran Montserrat de los tiempos modernos fue obra de los Reyes Católicos, del abad Juan de Peralta y, sobre todo, de García Jiménez de Cisneros, el reformador llegado desde Valladolid en 1493.

Desde esta fecha hasta su muerte (1510), Cisneros se dedicó con celo y acierto incuestionables a la delicada obra de infundir nueva vida a las viejas instituciones de Montserrat sin dejar perder ninguna de sus características tradicionales» (9).

«Incorporado a la Congregación de S. Benito de Valladolid, se distinguió en adelante por el número y calidad de sus monjes y por su poderío económico y social. Ciertamente pronto surgieron diferencias entre monjes castellanos y catalanes, creando un malestar que duró siglos; pero esto no impidió el florecimiento de las virtudes, las ciencias y las artes» (10).

Esto duró hasta la Guerra de la Independencia, en que Montserrat fue destruido en 1811 y la forzosa y lamentable exclaustración de 1835.

«La restauración moderna empezó en 1844 muy penosamente. Los pocos monjes que lograron agruparse, no eran reconocidos como tales por el poder civil; los edificios estaban en ruinas; los recursos económicos eran escasísimos» (11).

«Miguel Muntadas, nombrado abad por el Papa Pío IX en 1862, fue el alma de esta gesta. A su nombre hay que añadir los del poeta Jacinto Verdaguer, los obispos Urquinaona y Torres y Bages, los sacerdotes Sardá y Salvany y Jaime Collell, y sobre todo el hecho social de la Renaixença catalana, que centró sus anhelos religiosos y patrióticos en Montserrat» (12).

«La proclamación de la Virgen de Montserrat como Patrona de Cataluña en 1881 impulsó a la obra de restauración un ritmo acelerado, que la guerra civil de 1936-39 no detuvo sino por breves años» (13).

Desde el siglo XVI había adquirido Montserrat dimensiones universalistas extendiéndose su culto por todas partes: Italia y Roma, Francia, Países Bajos, Austria, Filipinas, Brasil, Argentina, Chile, Cuba, Perú, Colombia, Estados Unidos, India, Japón, Austria y desde luego Jerusalén... Baste el dato relevante de que en la península italiana se construyeron en su honor 150 iglesias y capillas.

En nuestra patria está organizado su culto en numerosas provincias y pueblos de Levante, Andalucía, Galicia, Castilla, Madrid, Aragón...

Hay que concluir que Montserrat es hoy uno de los santuarios marianos de mayor prestigio en el mundo católico, no sólo como lugar de

devoción mariana, sino también como lugar donde florecen copiosamente las virtudes, las ciencias y las artes de la nueva Cataluña y en consecuencia de España.

BIBLIOGRAFÍA

- Santuarios Españoles*. Consejo superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2301. (4) y (5).
- Diccionario Espasa*. Letra M. Págs. 784 y ss. 784 (2). Pág. 785 (3). Pág. 791 (6). Pág. 790 (8).
- Cataluña*. Guías de España. Edit. Destino. Barcelona, 1971. Págs. 262 y ss. (1).
- Enciclopedia Rialp*. Letra M. Ed. Rialp. Madrid, 1989. Págs. 265 y 266 (7), (9), (10), (11), (12) y (13).

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED BARCELONA

La Patrona de Barcelona, Ntra. Sra. de la Merced, en catalán la «Mare de Déu de La Mercé», tiene su santuario en el corazón antiguo de la propia ciudad de Barcelona, en la calle Ancha, «carrer Ample», paralela al paseo de Colón.

Se trata de una iglesia construida por los padres mercedarios, quienes la han retenido hasta 1835, pasando en 1868 a iglesia parroquial.

El primer templo fue levantado a mediados del siglo XIII, ampliado en los siglos XIV y XV y totalmente transformado en el siglo XVIII, según el gusto barroco.

Según una tradición muy fundamentada, la noche del 1 al 2 de enero de 1218, la Santísima Virgen, acompañada de un coro de ángeles, se apareció al entonces caballero Pedro Nolasco rogándole la fundación de una orden que se dedicara a la redención de cautivos, actividad caritativa a la que se dedicaba él mismo desde 1203:

*«Fundad una religión
con hábito blanco y puro
que sea defensa y muro*

*de la española nación;
de cautivos redención,
de la Iglesia columna
en esta adversa fortuna
del francés y el español» (1).*

San Raimundo de Peñafort, entonces confesor de Pedro Nolasco, aprueba el hecho, porque «no puede estar más clara y patente la voluntad divina». El rey Jaime I presta su decisiva ayuda a la fundación y organización de la nueva orden religiosa.

La tradición asegura que ellos personalmente habían tenido la misma sugerencia celestial instándoles a prestar ayuda a los fundadores.

«Y es en la catedral de Burgos, ante el obispo Berenguer de Palou, año de gracia de 1218 (10 de agosto), cuando Nolasco y sus compañeros emiten los tres votos religiosos, añadiendo el cuarto, peculiar y distintivo de los mercedarios: quedar en rehenes por los cautivos, si necesario fuera» (2). Eran trece caballeros pertenecientes a ilustres familias catalanas y aragonesas.

El rey cedió, como residencia inicial para la naciente orden, el hospital de Santa Eulalia, muy próximo a la catedral y al palacio real.

De aquí se trasladaron en 1232 a una nueva residencia, junto a la misma muralla del mar, cedida por Raimundo de Plegamans, quien fundaría un nuevo hospital para la naciente orden, en el lugar donde hoy se encuentra la basílica de la Merced.

Unos años después, en 1249, se comenzó a construir allí una iglesia gótica, que no se terminó hasta el año 1410. A su lado se levantaría después el convento de los frailes.

La iglesia gótica duró hasta 1765, en que se inició la moderna, según el proyecto de José Mas, terminada en 1775. Los acontecimientos políticos de ese siglo obligaron a los religiosos a abandonarla.

El edificio es grandioso. Tiene forma de cruz latina. Mide 45 metros de longitud y 22 de anchura. Su estilo es neoclásico, aunque tiene algunos elementos barrocos. Es de tres naves. Construido en 1888 y según proyecto de don Juan Martorell, lleva cúpula en el crucero, coronada por una imagen en bronce de Ntra. Sra. de la Merced. La fa-

chada está en la línea de esta arquitectura, con pares de columnas adosadas, en la portada de estilo compuesto y rosetón elíptico, central y único, en el segundo piso

Durante la invasión francesa, el año 1713, ante el inminente asedio de la ciudad, la imagen fue trasladada a la catedral, entre las aclamaciones masivas de la ciudad entera. Allí permaneció hasta la llegada de Felipe V. La iglesia sufrió notables desperfectos.

En 1936 fue incendiada la iglesia y todos sus altares reducidos a cenizas. Sólo se salvó la talla de la Virgen. La restauración no se ha completado hasta épocas muy recientes. El camarín fue añadido con posterioridad entre los años 1939 y 1943.

La imagen de la Virgen, es una bellísima talla de madera policromada de 140 cm de altura, de estilo gótico perteneciente al siglo XVI. La Virgen se presenta sentada en un trono muy parecido al trono o cátedra de plata llamado del rey Martín el Humano, que se guarda en la catedral de Barcelona.

Lleva corona gótica y cetro en la mano derecha y al Niño sentado en su regazo, posiblemente posterior a la imagen, un tanto desvinculado de la situación afectiva que suele distinguir este tipo de imágenes.

Desde el siglo XVII hasta 1940 llevó vestidos. Hoy se presenta desnuda. Un gran acierto porque nos permite contemplar en su totalidad la atractiva imagen, donde su cara es todo un dechado de belleza. «En un inventario de 1829 se anotan 53 vestidos, dos de tisú; 23 blancos y varios de colores litúrgicos, hasta un total de 53».

La exquisita hermosura de la talla ha hecho intervenir a la leyenda para explicar tan singular pulcritud. Sería el propio San Pedro Nolasco el que encargó a tres famosos escultores una reproducción de la Virgen que se le había mostrado, después de explicarles lo mejor que pudo la aparición. Cuando tuvo delante las obras escogió aquella que le parecía más semejante a la que él había contemplado.

La devoción del pueblo barcelonés a su patrona viene avalada por el título de «Patronazgo» que le concedió el Papa Pío IX en 1868.

En 1888 fue coronada canónicamente en una espectacular ceremonia celebrada en la iglesia catedral. El 18 de octubre se hizo el traslado de la imagen con asistencia masiva de fieles y el 21 tuvo lugar el solemne acto.

En 1918, el Papa Benedicto XV concedió al templo de la Merced el título de «Basílica», conmemorando el VII centenario de la aparición de la Virgen.

Desde 1871 la fiesta principal se celebra el 24 de septiembre. El propio rey Amadeo acudió en ese año a la celebración.

Durante la fiesta del 24 de septiembre de 1951 se instituye este día como Fiesta Mayor de Barcelona. La Virgen es aclamada como «Princesa de Barcelona».

La devoción a la Virgen de la Merced, como titular de la Congregación de los Religiosos Mercedarios, se extendió por todo el mundo, desde los primeros momentos de su aparición, en el siglo XIII. Con motivo del descubrimiento de América, cuando la Orden de la Merced adquiere un fuerte compromiso de evangelización en las tierras descubiertas, gracias al nuevo impulso misionero crece la devoción a la Virgen bajo esta advocación.

Importantes pintores de la época como Murillo y Zurbarán la plasman en importantes obras.

Hoy el templo está convertido en parroquia, dentro de uno de los barrios más difíciles de Barcelona, desde donde se irradia un fecundo apostolado. La Orden de la Merced lógicamente está ahora desvinculada de este su templo matriz.

Quizás entre los actos que siguen dando especial relevancia y popularidad a la basílica haya que contar las visitas que realizan las distintas entidades deportivas cuando acuden a depositar a los pies de la «Patrona de la Ciudad», los trofeos de los éxitos conseguidos.

Entre los múltiples milagros obrados por la Virgen de la Merced, hay que destacar su intervención milagrosa cuando Barcelona fue atacada por los genoveses. Una espesa nube milagrosa envolvió a la ciudad hasta el punto de que las naves atacantes chocaban entre sí y no pocos proyectiles se volvían contra los mismos que los lanzaban. Uno de estos proyectiles llegó a impactar en el mismo jefe de los genoveses, causándole la pérdida de la visión en sus dos ojos. En tan desesperada situación él en persona invocó a la Santísima Virgen de la Merced, la que invocaban los barceloneses, prometiendo una nueva imagen, si recobraba la visión. Su ruego fue escuchado y recobró la vista (4).

Desde entonces la Virgen de la Merced es invocada por los ciegos y las personas con problemas de visión.

BIBLIOGRAFÍA

- VV.AA.: *Año Cristiano*. Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Madrid, 1959. Págs. 197 ss. Pág. 199 (1). Pág. 200. (2).
- Santuarios Españoles*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pags. 2.293-94. Pág. 2293. (3).
- Joan Carreres.-Salvador Batalla: *Santuarios Marianos de Cataluña*. Edic. Encuentro. Madrid. Págs. 121 y ss. Pág. 126 (4).

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

La Virgen de Guadalupe, Patrona de Extremadura, incomprensiblemente no pertenece a ninguna de las diócesis extremeñas.

Su santuario es un compendio de historia, arte, riqueza, culto, devoción..., un complejo religioso de los más importantes de España. Casi nos atrevemos a decir que en muchas facetas (arquitectura, pintura, escultura, objetos de arte...) no tiene parangón en nuestra patria. Una obra de siglos que explica gran parte de nuestro devenir humano y religioso.

Para no desdecir de este emporio de valores o quizás porque los ha motivado, la leyenda sobre la Virgen tiene ambiciones casi únicas.

Según un códice del siglo XV, en su capilla privada el Papa San Gregorio, allá por el siglo VI, guardaba con especial predilección una pequeña imagen de María, que algunos quieren fuera tallada por el propio San Lucas.

Como consecuencia de una epidemia, en ese mismo siglo, la imagen fue sacada en procesión por deseos del propio Papa que esperaba un milagro.

El milagro llegó cesando prácticamente la terrible peste.

En una de las visitas que realizó San Isidoro, obispo de Sevilla, a Roma, San Gregorio hizo donación de tan preciado recuerdo al esclavizado obispo español.

Durante el trayecto por mar, la bendita Virgen salvó a los navegantes, que la trasladaban, de un naufragio casi mortal.

Llegó, así, a Sevilla, aureolada de inusitada expectación, recibiendo un culto multitudinario por parte del pueblo andaluz, hasta la llegada de los mahometanos.

Cuando los cristianos fueron vencidos en Guadalete, los mismos andaluces se dieron cuenta inmediata de la magnitud de la derrota. Comprendieron los días de prueba que se acercaban para ellos y quizás para España. Emprendieron entonces su huida hacia el Norte. Llevaban consigo principalmente imágenes, reliquias y objetos de culto, por temor a que fueran profanados.

Entre los que huían hubo un grupo de clérigos que portaban la santa imagen de Sevilla. Al llegar a las alturas de las Villuercas, encontraron un lugar tan inhóspito y tan difícil que les parecía óptimo para servir a sus planes. Allí en una ermita derruida escondieron la imagen para luego recuperarla.

No muy lejos del lugar y a manos de los mahometanos, un poco después, morirían mártires un destacado grupo de obispos y clérigos sureños, cuando celebraban sus oficios religiosos en la escondida e inaccesible sierra de San Salvador de Garganta la Olla.

Los que al principio acariciaron inmediatas esperanzas de reconquista se sintieron muy pronto defraudados y los que conocían tantos escondites y secretos murieron muy lejos de ellos. La memoria del enterramiento de las Villuercas se borró, igual que el de tantos otros. Iban a pasar centenares de años de silencio y olvido.

Quinientos años después reinaba Alfonso XI. La Reconquista estaba muy avanzada y Extremadura era ya otra vez tierra de cristianos.

Cuando a comienzos del siglo XII Gil Cordero, pastor cacereño, guardaba su ganado en las alturas de las Villuercas, perdió uno de sus mejores animales.

Lo busca impaciente y después de tres jornadas encontró muerta la vaca en un lugar difícil, junto al arroyo que llamaban de «Los Lobos» o Guadalupe. Como el animal no presentaba mordeduras ni descomposición, el pastor quiso degollarla para aprovechar lo que pudiera.

Comenzó su faena como los vaqueros cristianos de antaño, haciendo con el cuchillo una cruz en los pechos del animal. En ese mismo momento se levantó la vaca ya empezada a desollar.

Espantado por lo que sucedía, muy cerca de él, casi encima, se le presenta una visión de la Virgen María, que le descubre sus deseos y le indica dónde se halla enterrada una imagen, a la que deben levantar allí mismo una iglesia.

El pastor se acercó hasta el lugar donde aguardaban los demás compañeros, quienes se muestran incrédulos hasta contemplar las señales que la vaca tenía en el pecho.

El vaquero, aconsejado por sus compañeros, nervioso por la responsabilidad del hallazgo, marcha a Cáceres para contar lo sucedido. Mas al llegar a casa, encuentra que uno de sus hijos ha muerto.

Confiado en la embajada que traía del cielo, se siente inspirado y pide a la Virgen que resucite al hijo. A cambio él trabajará porque se consiga el mandato que le trae a su casa.

La maravilla no se hizo esperar. Delante del pueblo, incluidos algunos clérigos, el niño, por la llamada de su padre, se incorpora resucitado.

Con el milagro por delante, a Gil Cordero le resultó muy sencillo explicar su embajada y que todos le creyeran.

Una caravana de personas de Cáceres y pueblos del camino marcharon con el pastor hasta el lugar donde la Virgen les había indicado.

Allí, en efecto, dentro de un viejo sepulcro de mármol, «hallaron la imagen de la Virgen junto a las otras cosas que con ella se pusieron, entre ellas una carta que explica la historia de la susodicha imagen».

Esta historia, escrita en un códice del siglo XV, recibe otra confirmación importante cuando, en 1618, aparece el sepulcro del favorecido pastor, debajo de la escalera que lleva a la tribuna del presbiterio perteneciente al primitivo templo.

La imagen que hoy veneramos como Patrona de Extremadura, es una pequeña talla de 64 cm de altura. Su cara y la mano derecha tienen unas proporciones superiores y desproporcionadas con el resto del cuerpo, lo que permite, al hallarse vestida, transmitir una sensación de mayor grandeza que la real.

El color es muy oscuro. La llaman la «Morenita». Está tallada en madera de cedro del Líbano. Detalle muy importante. Aunque ha sufrido modificaciones posteriores, sus características iniciales románicas resultan indiscutibles.

Por su color, algunos pretenden sea consecuencia del primitivismo en el culto mariano que recogería costumbres y cultos precristianos, celtas y orientales.

Incluso el elemento vaca-toro en la leyenda, pagaría tributo a esos mismos convencimientos ancestrales.

A pesar de todo «hay que descartar que la imagen que hoy veneramos en Guadalupe sea aquella que tuvo San Gregorio en su oratorio. Pero pudiera tratarse de una copia, más o menos acertada y siguiendo desde luego los detalles estéticos del románico del siglo XII, de la que trajo San Isidoro a España. Es algo que apuntamos como posible, pues siempre las tradiciones encierran algo de verdad» (1).

Puede datarse de mediados del siglo XII, cuando España vive un delirio mariano en las artes y en las letras. Tal vez en el siglo XIII sufriera notables cambios en su policromía original (2).

Al margen de cualquier connotación y antigüedad, debe quedar muy claro que la devoción a la Virgen de Guadalupe ha recorrido un camino de grandeza inusitada a partir ya de los primeros momentos.

En el siglo XIV recibió extraordinarios privilegios como consecuencia de su protección en la batalla del Salado, 30 de octubre de 1340. Consta documentalmente que el rey Alfonso XI, antes de la batalla, se encomendó expresamente a esta Virgen. Luego el rey declaró al monasterio Patronato Real con fecha del 6 de enero de 1341.

Los papas han secundado espiritualmente el crecimiento del monasterio. Así «en 1395 se concede a los frailes poder de absolver de toda clase de pecados y administrar todos los sacramentos. El Papa Eugenio IV concede el privilegio de poder absolver a los peregrinos de todo cuanto el derecho reservaba a los obispos o éstos se hubieran reservado en sus respectivas iglesias».

«Nicolás V, en 1445, otorgaba nuevo privilegio por el cual podían ser absueltos de todos los casos reservados con censura, cualesquiera que fuesen, aun de los impuestos por los mismos legados pontificios, exceptuados los que estaban reservados de un modo especial al Sumo Pontífice.»

«En 1535 se concede un jubileo plenísimo, en cuyas fiestas de septiembre se podían lucrar indulgencias.»

«Paulo V consolida indulgencias en las fiestas principales y Ur-

bano VIII enriquecía de muchas gracias y favores a los cofrades de la Hermandad de Nuestra Señora de Guadalupe» (3).

Para los creyentes no eclesiásticos siempre ha sido corazón religioso desde luego de Extremadura y también de España. Los testimonios que lo acreditan son incontables.

Aquí han llegado santos como Santa Teresa de Jesús, San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, San Juan de Dios, San Vicente Ferrer, etc.

Literatos como Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Garcilaso de la Vega, el marqués de Santillana, etc.

Caudillos y navegantes como Colón, Juan Sebastián Elcano, Hernán Cortés, Pizarro, Núñez de Balboa, Orellana, Valdivia, Hernando de Soto, el duque de Alba, el Gran Capitán, don Juan de Austria, etc.

Pero sobre todo ha llegado el pueblo que ha convertido en oración toda esta historia. La canta y reza gozoso:

Os invocan, Madre mía,
los pueblos en su aflicción;
sed, Virgen de Guadalupe,
nuestro amparo y protección.

Libre este suelo de guerra
y la morisca alejada,
fuiste por milagro hallada
de Guadalupe en la sierra;
asombrada oyó esta tierra
vuestra santa aparición:

Sed...

Corre de villa en villa
el suceso extraordinario,
y os erige un santuario
de los fieles la piedad:
a él toda la cristiandad
viene en peregrinación:

Sed...

Los reyes en romería
ofrecen con celo santo

los trofeos de Lepanto,
del Salado y Pavía,
glorias que España debía
a tu santa intercesión:
Sed...

Santuario ya y convento
con privilegios reales,
para remedio de males
y de los pobres sustento,
su grandeza tuvo aumento
en bien de la religión:

Sed...

Allí prodigó la ciencia
sus obras; la arquitectura,
la pintura y la escultura
se ostentan en competencia;
todo fue magnificencia,
esplendor y ostentación:

Sed...

Reina del cielo adorada
nuestra Madre y Protectora
sed nuestro amparo, Señora,
sed siempre nuestra Abogada,

y en la celestial morada
dadnos vuestra bendición:
Sed, Virgen de Guadalupe,
nuestro amparo y protección.

El culto a esta Virgen funcionaba ya como normal, según los códices de 1327 y 1329, cuando realiza su primera visita Alfonso XI en 1330 y manda que se ensanche la primera iglesia entonces en estado ruinoso. Incluso manda que se edifiquen en los alrededores hospitales y albergues para recibir a los múltiples peregrinos.

Todo ello nos lleva a suponer que como mínimo existía un culto organizado en el siglo XII.

El segundo templo de Guadalupe de 1336, consecuencia de la ampliación, pedida por el propio rey, es la segunda ermita que tuvo Guadalupe, contando como primera la primera construcción que debió ser de reducidas dimensiones. El nuevo templo más espacioso debió ser de estilo mudéjar toledano, dependiente del curato de Alía, en el arzobispado de Toledo.

El santuario, después de esa etapa inicial, funcionó como priorato secular, según reconocimiento del Patronato Real en 1341. El primer prior sería el cardenal de España, don Pedro Gómez Barroso.

Durante los años 1341-1367, en los que estuvo al frente del santuario Toribio Fernández de Mena, al principio como procurador del cardenal Gómez Barroso y desde el año 1348 como segundo prior secular, se llevó a cabo el mandato real, dado después de la victoria del Salado de «ensanchar y enriquecer el templo».

En 1337, Alfonso XI otorgó la carta-puebla en la que se fijan los límites del santuario, quedando Guadalupe emancipado de Talavera como «lugar de realengo».

Muy poco tiempo después, en 1348, el mismo rey dio otra carta-puebla suprimiendo la dependencia directa e inmediata de la autoridad real y concediendo al priorato secular el señorío temporal sobre la Puebla, formada en torno al santuario. Desde ese momento todo el territorio de Guadalupe fue sometido a la autoridad eclesiástica y civil del prior.

Siguen después otros priores seculares, don Diego Fernández en 1367, con quien Enrique II amplía el señorío temporal, terminando este ciclo con don Juan Serrano, que inició su mandato en 1383.

En 1389 llegan los monjes jerónimos, favorecidos por Juan I de Castilla. Se inicia así un período glorioso del monasterio que coloca a Guadalupe en el primer plano de los santuarios religiosos de España. El arte, la ciencia, la investigación, el culto y la piedad de Guadalupe, diseñarán las más brillantes páginas de los mejores siglos de oro de la región extremeña y española.

«Guadalupe fue acrópolis de la Hispanidad, santuario de la unidad de la Patria, centro de singular relieve en el Descubrimiento y Evangelización de América, cita de reyes, príncipes y conquistadores y oasis de santos y romeros» (4).

«Se construyeron claustros, capillas, hospitales y palacios; se fundaron talleres de bordaduría, de iluminación de códices o libros de coro y altar y de rejería; se crearon junto a sus hospitales y enfermerías, escuelas de medicina y cirugía, propagándose por todos los rincones de la tierra el amor a esta Señora. Así florecieron en las nuevas cristiandades de América y en otros lugares templos y altares en honor de la Virgen extremeña» (5).

Aquí permanecieron los monjes jerónimos hasta mediados del siglo pasado. Después de 446 años, el día 18 de septiembre de 1835, de acuerdo con la ley de Exclaustración de Regulares, los monjes fueron obligados a salir de su monasterio. Guadalupe quedó convertida en parroquia de la diócesis de Toledo, servida por clero diocesano.

Muy pronto se comprendió la necesidad de la restauración.

En 1879 el lugar fue declarado Monumento Nacional. En 1907 el Papa San Pío X declaró a Santa María de Guadalupe, Patrona de Extremadura. Se reclamaba la presencia de una nueva orden religiosa.

En 1908 la orden franciscana recibió el encargo de restaurar la vida, edificaciones, el culto y la piedad del santuario, que culminó con la entrega del edificio del santuario y de la parroquia a los hijos de San Francisco, de acuerdo con un real decreto firmado por Alfonso XIII y un rescripto de la Santa Sede.

Se abrió así una nueva etapa del histórico lugar de Santa María de Guadalupe.

La devoción a la Virgen crece como un río y, el 12 de octubre de 1928, el cardenal primado, don Pedro Segura y Sáenz, como legado de S. S. Pío XI, en presencia del rey Alfonso XIII, del Gobierno, del clero y del pueblo, corona a la Virgen canónicamente.

Todavía más. En 1955, Pío XII concede al santuario extremeño los honores de basílica. Y Juan Pablo II lo visita personalmente en 1982.

Pero junto a este sentido de piedad y de fe, que determina la razón de ser de Guadalupe, consecuencia precisamente de esa fe, el fervor de los creyentes ha sido capaz de dejar impactado en el santuario una larga trayectoria de arte y cultura.

Sería muy prolijo, aunque interesante, hablar de la parte monumental de todo el monasterio. Cuando el 15 de agosto, Juan I expide una provisión real para que se constituya la iglesia de Ntra. Sra. de Guadalupe en monasterio de ermitaños del glorioso doctor San Jerónimo, los monjes van a aplicar a Guadalupe las mismas coordenadas que les hacían ya dignamente famosos en otros monasterios de España.

El 22 de septiembre de 1389 llega fray Fernando Yáñez, prior de San Bartolomé de Lupiana, quien con 31 un frailes más comenzarán la nueva andadura de la santa casa de Guadalupe.

Muy pronto, el padre Yáñez concibió la idea de reedificar y engrandecer el templo. A partir de aquí, los jerónimos comienzan una larga etapa de siglos durante la cual el monasterio va adquiriendo la fisonomía que hoy nos ofrece.

El altar mayor es obra de Giraldo de Melo, uno de los mejores artistas de su tiempo, que comenzó su trabajo en 1609. Las pinturas pertenecen a Vicente Carducho y Eugenio Caxés. El sagrario fue antes escritorio de Felipe II.

La obra del camarín se terminó en 1696, a expensas de doña María de Lancáster, duquesa de Aveiro. Las pinturas en la bóveda son de Flandesco y las esculturas de Montenegro.

En el coro, con magnífica sillería de nogal, trabaja Alejandro Carnicero en el siglo XVIII. Las pinturas de la bóveda se atribuyen a Juan de Flandes.

La sacristía, siglo XVI, una de las mejores del mundo, toda pintada, guarda los lienzos de Zurbarán, realizados a partir de 1638.

El relicario, sala octogonal del siglo XVI, con importantes pinturas, azulejos y cúpula.

En el resto del monasterio son muy interesantes las salas del museo divididas en Sala de Bordados, sala de Libros Miniados, sala de Esculturas, donde se muestran obras inigualables en su género.

Entre los patios destaca el mudéjar, con un formidable templete en el medio. Un segundo patio se le designa como gótico.

La Virgen de Guadalupe merece un capítulo aparte en nuestras relaciones con América. Es la verdadera Reina de la Hispanidad. Simplemente recordamos unos extremos.

Los Reyes Católicos profesaron a esta Virgen una singular devoción. Aquí dieron órdenes concretas para que se ayudase a Colón a flear sus carabelas.

También aquí se celebró el bautismo de los primeros indios traídos de América el 29 de julio de 1496. Un acontecimiento celebrado solemnemente el día de su centenario.

En la coronación canónica de la Virgen, de la que ya hemos hablado, se coloca una diadema que decía: «Hispaniarum Regina». Y estaban presentes el rey Alfonso XIII y el legado pontificio cardenal Segura.

Con el mismo título funciona en tierras americanas uno de los más celebrados santuarios de María Santísima, venerando una Virgen miteriosa y milagrosa.

Al final es justo mencionar que el propio pueblo de Guadalupe conserva trazas muy interesantes de cultura popular, ofreciendo además muestras de artesanía tradicionales, especialmente calderería en cobre y latón. Muy apreciados son los vinos y la repostería.

Las fiestas patronales en honor de la Virgen se celebran el 8 de septiembre. También adquiere singular relevancia el 12 de octubre, fiesta de la Hispanidad.

Para estas fiestas, religiosas y profanas, el pueblo ha creado un repertorio fecundo y variado, con composiciones que centran el fervor íntimo de los muros eclesiales y el alborozo alegre de la fiesta en la calle.

Podríamos seleccionar un buen número de ellas. Nos vamos a conformar con algunas que nos parecen muy significativas, porque traducen como ningunas el alma del pueblo.

Quizás parezcan un poco atrevidas para este lugar, porque también son bailes populares. Pero realmente se trata de unas coplas únicas que se cantan y bailan a lo largo y ancho de toda Extremadura. El baile y la danza son expresión esencial de cualquier pueblo.

Pienso que en ellas se transparenta toda una gama de sentimientos singulares, respecto a su Virgen, como en pocos sitios:

Virgen de Guadalupe, dame la mano
para subir la cuesta del Puerto Llano.
Del Puerto Llano, niña, del Puerto Llano
Virgen de Guadalupe, dame la mano.

Guadalupe es un jardín
de flores muy escogidas,
pero la rosa mejor
es la Virgen morenita.

La Virgen de Guadalupe
es un poquito morena
y el niño que lleva en brazos
todo se parece a ella.

Cuando tengo penas lloro;
lloro cuando tengo penas;
pero siempre río y canto
cuando miro a las Villuercas.

La Virgen de Guadalupe
tiene sobre su corona
tres claveles encarnados
del Padre Santo de Roma.

Tiene Guadalupe hermoso
lo que no tiene Madrid,
las ocho mujeres fuertes
arriba en su camarín.

La sierva de Guadalupe
está cubierta de azul,
por eso los extremeños
llevan la sal de Jesús.

Tiene Guadalupe hermoso
tres cosas particulares:
el camarín y la Virgen
y el convento de los frailes.

Me llamaste morenita,
me alegré cuando lo supe,
porque morenita es
la Virgen de Guadalupe.

BIBLIOGRAFÍA

- Fray Diego de Écija: *Libro del Monasterio de Guadalupe*. Publicaciones del Departamento Provincial de Seminarios de FET y JONS. Cáceres, 1953. El autor escribió su libro a principios del siglo XVI. (A esta obra pertenecen los textos entrecomillados).
- F. J. García Mogollón: *Imaginería Medieval Extremeña*. Edit. Extremadura. Cáceres. 1987. (Págs. 87 (1) y (2). Hemos seguido a este autor en el estudio artístico de la imagen.

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Págs. 2272 (3).

Revista Guadalupe. Número especial. Año Mariano, 1988. Pág. 3 y ss. Pág. 15 (4) y (5).

J. Sendín Blázquez: *Leyendas Religiosas de Extremadura*. Caja de Salamanca. Plasencia, 1989. Págs. 108 y ss.

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA CÁCERES

Cáceres debe parte de su belleza a la antigua Sierra de la Mosca, hoy conocida como «La Montaña». Se trata de uno de esos lugares elegidos por los hombres para relacionarse con lo trascendente.

Antes de que la técnica moderna colocara allí los hitos de su comunicación con los humanos, un sencillo visitante se fijó en el lugar para comunicarse con «lo Divino».

Hacia finales del siglo XVI, Francisco Paniagua, «un bendito de Dios, un hombre humilde», cuando vivía en los difíciles altozanos de Casas de Millán, pueblo de su nacimiento, miraba a lo lejos el horizonte infinito de Extremadura. A diez leguas de distancia el cielo se confundía con la tierra sin que en ese abrazo alguien fuera capaz de aunar lo humano con lo celeste.

Marcado para lo sobrenatural, había aprendido el significado de la Virgen al estilo de las almas sencillas. Nuestra Señora de Tebas, la patrona de su tierra, lo iluminó un día con sus resplandores.

Desde ese momento se sintió transformado, con una vocación de locura. En aquella época, en que los porquerizos extremeños fueron capaces de conquistar el mundo, él podría conquistar su tierra para la Madre de Cristo.

Con recio sayal de peregrino aventurero «recorría la comarca, con una imagen pequeñita de la Virgen, implorando limosnas para elevarle una capilla».

Visitó, palmo a palmo, pueblos y casonas, hasta que «vino a Cáceres en 1621, donde tenía un primo llamado Jerónimo Ximénez».

«Aquí ante la agreste Sierra de la Mosca, cubierta de jaras, castaños y encinas, se despertaron sus ansias de ermitaño». «Tomó la opción de vivir allí, separado, retirado, solitario».

«La fragosidad de la Sierra se prestaba para sus fines de penitencia, que iba a soportar durante años de soledad con el bálsamo de la oración.»

«Tenía por dosel el cielo, la obra más grandiosa del Creador y el espectáculo más soberbio que ha dado a los hombres para su contemplación.»

La bondad, aunque tenga formas de locura, siempre termina recompensada.

Francisco, el aspirante a solitario, tuvo la suerte de encontrarse con «don Sancho de Figueroa Ocano, cura de Santa María». Durante catorce años, este ejemplar sacerdote «hubo de aconsejarle como curador de almas».

Construyó entre los riscos, una cabaña «aprovechando como respaldo los peñascos más elevados de las rocas».

Su casa era una cueva. En un saliente de las peñas colocó la imagen de la Virgen. «Allí comenzó su vida de retiro y oración, habitando en gran estrechez y sin más goce que los inefables de la soledad y de la contemplación».

«En aquel primitivo retiro del eremita, para una imagen diminuta, nació el primer culto a María en las alturas de la Montaña.»

Alguien llamó a la imagen «Nuestra Señora de la Encarnación y Montserrat».

El solitario anacoreta no había salido de Extremadura. La ocurrencia del nombre no pudo ser suya. Nunca conoció la historia de la Virgen Catalana, con un nacimiento similar: Una montaña. Una ciudad. Un monje. Un asceta.

Ese personaje anónimo, rectamente inspirado, pensó que en la Sierra de la Mosca se estaban protagonizando, con un paisaje parecido, hechos muy similares a los de Montserrat con su Barcelona.

Amargo destino de las cosas, Francisco, otro Garín, no ha tenido un cantor épico, otro Virués, que ofreciera sus estrofas reales al Montserrat extremeño. Se ha tenido que conformar con una lápida que lo recuerda:

«Aquí emplazó su primitiva cabaña el bienaventurado eremita Francisco Paniagua, cuando vino a Cáceres a fundar el culto de Nuestra Señora de la Montaña.»

En la oquedad de la roca, Paniagua comenzó poco después la primera capilla.

Debió ser un recinto pequeño, como de Catacumbas.

Las buenas semillas no se miden por sus dimensiones, sino por la fuerza fecunda que aprisionan en sus intimidades.

Aquella capillita, de siete por tres metros, llevaba el germen de una devoción mariana que más tarde iluminaría como un sol el cielo caceño.

Siempre el inspirado penitente tuvo conciencia de que portaba designios que le trascendían. Por eso, el 25 de marzo de 1626, día de la primera misa, Paniagua lo recordó con la siguiente inscripción:

*«Este cuerpo hizo Dios
dando fuerza a Paniagua,
don Sancho le ha dado el alma,
dándole su gracia Dios.»*

Por entonces se simplificó el nombre del lugar. Cáceres, la ciudad de cuatro mil habitantes, buscó un nombre propio para su devoción y para su Virgen. Lo bautizó como «Nuestra Señora de la Montaña».

Y en verdad que el nombre cuadraba perfectamente: «un macizo de rocas, sin explanadas, ni caminos, ni calzadas». Alguna difícil vereda primitiva para trepar hasta la altura sorteando las encinas, castaños y jarales, «que se disputaban los pocos espacios que dejaban libres los peñascales».

Cuando el hombre de Dios vio invadida su soledad por aquellos piadosos romeros, se sintió feliz.

¡Cuánto habían dado de sí las limosnas de los creyentes!

El propio celebrante de la primera misa, don Sancho de Figueroa, quiso limpiar de equivocaciones la legitimidad de los méritos y cambió la lápida, donde figuraba su nombre, por otra, para que sólo apareciera el verdadero mentor de los hechos:

«Francisco Paniagua con su sudor y trabajo.»

¡Cuán bellas e incomprensibles son las gestas de la Iglesia! Nadie afirmarí­a entonces que aquel desconocido pueblerino había comenzado una página nueva de la historia cacereña.

Aquellos actos de piedad con pueblo, con sabor de catacumba y sencillez de anacoretas, tenían presagios de epifanía venturosa.

Para perpetuar la obra, desde los comienzos surgió potente y fervorosa la Cofradía de Nuestra Señora de la Montaña. Sus ordenanzas fueron aprobadas el 24 de agosto de 1635.

Estaba, pues, todo preparado para marchar por sí mismo.

Francisco ya no hacía falta en este mundo. El 22 de mayo de 1636 murió en Cáceres, en la casa del cura de Santa María, don Sancho de Figueroa, quien dio así hasta el final pruebas evidentes de afecto hacia su protegido.

«El féretro lo llevaron a hombros por la cuesta de la sierra hasta la ermita, recibiendo sagrada sepultura en la segunda grada de las dos que tenía, al pie del altar».

Se recuerda, imborrable, la emoción con que todo Cáceres asistió a la procesión, no al entierro. Aquello no fue un entierro. Fue una jornada de júbilo: Había muerto un santo.

Nada más enterraban parte de un hombre, su cuerpo. El espíritu seguía vivo en la atmósfera de la montaña y en el alma de Cáceres.

Ese pueblo tuvo siempre la sensación, y no se equivocó, de que enterraban a un auténtico santo. Desde aquel momento su nombre se escribe así:

«Venerable Francisco Paniagua».

Al abrir su testamento las cosas quedaron aún más claras:

Heredera: La Virgen María.

Albacea: El Pueblo Cacereno.

Herencia: Otra capilla nueva en construcción.

Para el año 1626, año histórico en la devoción, el culto lo presidía ya la imagen actual.

Fue un encargo de la hermana de don Sancho de Figueroa. «Está hecha de madera de nogal, de cuerpo entero, sobre peñas terminadas en prismas; de aquí su primitiva advocación de Montserrat». «Viste manto que cae desde la cabeza, de color azul, y túnica que sujeta con

un cinturón en rojo y oro, con cuello oscuro, y el Niño Jesús en el brazo izquierdo, el cual mira a la Madre con amor».

Fue tallada en alguno de los talleres sevillanos. A muchos les recuerda un origen similar a la Madre de los Desamparados de Valencia.

Se trata de una imagen de oratorio, no de altar y es seguro que ella presidió la primera misa en lo alto de la montaña.

A raíz de la muerte del fundador, quizá por que su protección se sentía más eficaz desde el cielo, la historia de la Virgen se escribía más deprisa y más clara.

Las circunstancias, para que se notara el dedo de Dios, eran bastante adversas.

El siglo XVI se presentaba muy oscuro para Cáceres y para España:

Guerras en Cataluña.

Sequías insistentes y epidemias repetidas.

Hambre.

Con ese panorama agobiante, la ermita comenzada por Paniagua resultó pequeña ante el auge de las personas que la visitaban.

La imagen, por ello, bajó en diversas ocasiones a la ciudad.

La fe de los cacereños seguía imperturbable.

La correspondencia del cielo generosa.

«Nos ha de socorrer como lo ha hecho en otras ocasiones que ha venido y asimismo doy fe de haber llovido el miércoles por la noche, veinte de dicho mes».

Con estas palabras de profundo creyente, el mayordomo se dirigía al Concejo en 1697.

Durante el siglo XVIII siguieron las obras, las ampliaciones, cambios..., lámparas, votos, cirios, promesas..., mantos, coronas, collares..., todo lo que significa un santuario pleno de fe y de vida.

El templo actual está formado por una sola nave con bóveda de cañón y lunetos, cúpula semiesférica, todo adornado con molduras y pinturas de distintas épocas.

El camarín se construyó entre los años de 1716 y 1721, con la intervención de los canteros Juan Sevillano y José Necinales.

El retablo mayor fue comenzado en 1725, siguiendo posiblemente la traza de Manuel de Lara Churriguera. Sigue la traza de la escuela

con profusión de columnas salomónicas y profusa decoración. Fue dorado en 1746.

En los intercolumnios lleva imágenes de San José y San Joaquín. Remata la coronación de María por la Santísima Trinidad.

Por esta época se amplió el recinto con las capillas laterales de pequeñas cúpulas. La situada en el lado Norte está ocupada por un retablo rococó de Vicente Barbadillo, pensada para albergar a un Cristo tallado por José Salvador Carmona en 1767. En la capilla Sur encontramos otro retablo con una Santa Ana, tallada por el mismo autor en 1776.

La corona que luce la Virgen en las grandes solemnidades es obra sobresaliente del sacerdote orfebre don Félix Granda, tallada para su coronación en 1924 y compuesta a base de plata, oro, diamantes y piedras preciosas donadas por el pueblo cacereño.

El Papa San Pío X, en 1906, la reconoce a nivel de Vaticano y nombra a la Virgen de la Montaña, Patrona principal de la ciudad de Cáceres.

El 12 de octubre de 1924 es coronada canónicamente por el cardenal Reig, arzobispo de Toledo. Era obispo de la diócesis don Pedro Segura y Sáez.

La fiesta principal, después de varios cambios a lo largo de la historia, se celebra el primer domingo de mayo.

En ese día la imagen retorna al santuario desde la concatedral de Santa María, donde se la ha obsequiado con solemne novenario.

Antiguamente no bajaba a su ciudad más que por graves motivos de necesidad o celebraciones extraordinarias. Ahora la iglesia de Santa María se convierte en una cita permanente de visitantes, porque las puertas del templo catedralicio no se cierran en todo el día.

El santuario de la Montaña es un templo de una sola nave con bóveda de cañón, adornada con molduras y pinturas de épocas distintas.

Acompañan al templo religioso un importante conjunto de edificios que convierten a la Montaña en un complejo espiritual digno y aprovechado.

Desde aquella altura se divisa un panorama encantador, subyugante, con llanuras infinitas perdidas en el horizonte. Y a sus pies Cáceres, de rodillas, en un oración permanente ante su Patrona, la Virgen de la Montaña.

Por eso ya se podía escribir en 1798: «Fuera de la población, a distancia de cuarto de legua, entre oriente y mediodía en lo más elevado de la sierra de la Mosca, está el famoso santuario de Nuestra Señora de la Montaña, su fundador Francisco de Paniagua, natural de Casas de Millán, obispado de Plasencia, por los años 1622, que retirado a aquella soledad vivió catorce años, colocando allí la santa imagen dando principio al edificio, que después se amplió con hermosa y capaz iglesia, hospederías y al presente resplandece en él cada año más de dos mil misas y en todas las necesidades generales como sequedad, peste, guerras y otras se conduce la santa imagen a la parroquia mayor en procesión general celebrándose todos los días que allí permanece solemnes misas de rogativas y por las tardes salve y rosario, con numeroso concurso».

Lo cantan los cacereños en su himno:

Reina de la Montaña
Virgen Bendita
que velas por tus hijos
desde tu ermita.
Flor de las flores
a ofrecerte venimos
nuestros amores.

¡Paloma blanca y pura!
¡Madre tan buena!
¡Oh celestial Patrona
de gracia llena!
Aquí dejamos
el corazón en prueba
de que te amamos.

El sábado, Señora,
día de audiencia
derrama los tesoros
de tu clemencia.
Te lo pedimos
los cacereños todos
que a ti venimos.

Tú quieres a tus hijos
purificados
libres de las cadenas
de los pecados.

Madre querida
manantial de aguas puras
¡danos la vida!

Es Cáceres tu pueblo,
sobre él dominas,
la Montaña es tu trono,
Virgen divina.
Tus bendiciones
tengan santificados
los corazones.

La Virgen que yo adoro,
santa y bendita,
entre peñas y riscos
tiene su ermita,
y en la alta loma
parece el casto nido
de una paloma.

Estrella de los mares
cuyos reflejos
en mis ojos de niño
resplandecieron.

¿Te acuerdas, Madre,
a tus pies cuantas veces
recé la salve?

Del mundo en los peligros
¡ay! no me dejes
y a recoger mi alma
ven en mi muerte.
Que sólo quiero
asido de tu manto
subir al cielo.

Junto al himno siempre las saluciones del Ave María como en
todos los grandes santuarios:

La Virgen que a España
su amor prodigó
en nuestra Montaña
un trono elevó.

En peñas y riscos
su sede fijó
y allí a Paniagua
su gloria mostró.

Real Cofradía
don Sancho fundó
que el culto a la Virgen
bien pronto extendió.

Y aquella piedad
que inicia el vivir
en árbol fondoso
se vio convertir.

Que expande sus ramas
y en fe secular
a todos cobija
en nuestra ciudad.

No hay cacereño
que en su corazón

no tenga a su Virgen
en trono de amor.

Es ella patrona
de nuestra ciudad
que reza a sus plantas
con fe y con lealtad

De Gracia divina
Madre se llamó
y en ella la gracia
su pueblo encontró.

Es en nuestros campos
la más bella flor
y oliva espaciosa
de paz y de amor.

El buen cacereño
sabe su bondad
y sube con gozo
su manto a besar.

Brillantes estrellas
en (el) cielo azul
reflejan las luces
de su misma luz.

Señala un lucero
su ermita gentil
y anuncia el alba
del nuevo vivir.

E invita a los hijos
de nuestra ciudad
al rezo del «Ave»
que es voz celestial.

Y cuando en la tarde
el sol se ocultó
campanas los llaman
a igual oración.

«Ave» dijo el alba
y en emulación
devota, el ocaso
«Ave» repitió.

Madrugando la aurora
y ríndele honor
que es ella, María,
aurora de Dios.

La visten de oro
los rayos del sol;
que de oro vestida
David la anunció.

La ofrenda su aroma
del campo, la flor
que es flor de las flores,
Rosa de Sión.

Y las avecillas
en dulce canción

le brindan alegres
trinos de loor.

La luna plantea
desde el cielo azul
su ermita risueña
que es faro de luz.

Para el que en la noche
de oscuro vivir
le invoca en las horas
de amargo sufrir.

Corona de estrellas
el cielo le da
que es ella, María,
Reina celestial.

Son sus incensarios
los hornos de cal
que desde los llanos
sus humos le dan.

Y canta el himno
de rudo regar
que es fuente de gozo
y es signo de paz.

Los ángeles cantan
y dicen a Dios:
«María está llena
de Gracia y Amor».

Y cantan los hombres
y dicen también:
«Está Dios en ella
está ella en Él».

En el culto y devoción a la Virgen ha tenido una parte muy meritoria la Cofradía de la Virgen. Pero es el pueblo anónimo, culto o menos culto, el que ha hecho centro de sus devociones a su Virgen de la Montaña.

Algo muy expresivo nos parece el hecho de que todos los poetas cacereños han dedicado sentidas e inspiradas composiciones a su Patrona.

NUESTRA SEÑORA DEL PUERTO PLASENCIA (CÁCERES)

La derrota de los cristianos en Guadalete fue mucho más que la frialdad de una fecha adversa de contenidos militares.

Los españoles, ya organizados como nación creyente, sufrieron un eclipse de incalculables dimensiones. Tuvo consecuencias mucho mayores de lo que se creyó en los momentos iniciales.

Las complicaciones empezaron en el Sur. Los cristianos empeñados en una huida hacia el norte se llevaban sus pertenencias espirituales antes que los bienes materiales propios.

Desde luego impresionaba contemplar aquella lenta pero imparable marcha de hombres y mujeres, de obispos, laicos y presbíteros, buscando zonas seguras para expresar su fe.

El ejemplo iniciado en Andalucía, fue secundado por las demás regiones a medida que avanzaba la morisma. El contagio del miedo es tan sencillo como eficaz.

En algunos momentos se creyó encontrar líneas seguras para detener la diáspora. El Tajo, río de profundidades insuperables, pudo ser considerado de esta manera.

Por su margen derecha subieron los creyentes de Lisboa, cuando vieron las barcasas árabes que cruzaban victoriosas las aguas de su remansada bahía.

Un crecido grupo de fieles portugueses recogieron sus más precias imágenes y comenzaron la huida.

Seguían la línea del cauce a una prudencial distancia de la orilla, para no ser vistos desde el lado opuesto, pero siempre próximos para vigilar posibles sobresaltos.

Cuando alcanzaron las tierras extremeñas, sobrepasando la vía de la Plata, las cosas se les empezaron a poner difíciles, precisamente porque los avances mahometanos seguían el camino romano.

Entonces Extremadura era un bosque tupido de encinares, alcornoques, jaras, espinos y tomillares.

Apartados, pues, de todas las vías romanas se internaron en las escabrosidades de Valcochero. Pensaron que habían entrado en un lugar momentaneamente seguro para desembarazarse de algunas de sus más preciadas pertenencias. Rechazaban la posibilidad de que hasta allí pudieran llegar los enemigos. Mas, por si en el peor de los casos lo pudieran hacer, debían estar preparados para huir por la difícil cadena montañosa del Sistema Central.

Posiblemente conocían que en aquella región se habían hecho fuertes como nadie lusitanos y vetones contra los invencibles romanos.

Por eso, bajo aquellos peñascales graníticos, escondieron la imagen de Nuestra Señora de Belén, muy querida de una comunidad lisboeta.

«En el referido lugar dejaron oculta unos caballeros, para más libremente poder evadirse de la gran persecución que los moros les hacían, con ánimo de volver por ella tan luego como los enemigos abandonasen la tierra, creyendo sería por pocos días; pero Dios, para castigo de los cristianos, permitió que se estacionasen, de suerte que los caballeros no pudieron sacarla y murieron con sus buenos deseos».

Cuatrocientos años después, hacia 1186, Alfonso VIII se encontraba en las vegas y jardines, en donde termina el río Jerte su andadura por el valle.

Contempló la fortaleza y caseríos abandonados por los árabes y quiso potenciar la importancia del lugar, creando allí una ciudad que frenara las ansias expansionistas de León e impusiera la línea del Tajo como obligatoria para los de Mahoma.

La nueva ciudad, Plasencia, conoció una vertiginosa ascensión para convertirse en un enclave de dominio y poderío insospechados. En 1189 fue proclamada también iglesia diocesana independiente con obispo propio.

Años después cuidaba sus ganados un cabrero perdido entre los vericuetos de Valcochero. Hombre sencillo y honesto, un día sentado a la sombra de los alcornoques, le pareció que tenía delante una visión celestial, donde se le mostraba la silueta de una mujer bellísima. Las mismas cabras aparecían como cegadas por el resplandor de las luces y se volvían extrañadas hacia la aparición. Sin embargo, no le dio importancia. Podría tratarse de una imaginación suya.

Al día siguiente volvió a llevar sus rebaños al mismo sitio. A la misma hora se repitió el suceso. Allí sobre el cancho «gordo» estaba ella, la mujer de la mañana anterior.

Todavía dudó de sí mismo y aunque estaba convencido de que los hechos no eran normales, quiso callar lo sucedido.

—¿Quién iba a creer, se decía, que a un pastor desconocido se le aparece el cielo, cuando abajo, en la ciudad, viven tantas personas importantes y linajudas?

Por eso siguió callando.

Pero no eran ésas las intenciones de la Providencia. Al día siguiente, por tercera vez, se repitió el suceso.

Como inmantado, absorto, preguntó:

—¿Qué puedo hacer, Señora?

Mientras pronuncia estas palabras cae de rodillas al borde de una peña y al bajar los ojos, escondido, ve un envoltorio, oculto entre las peñas.

Desata aquel farragoso revoltijo y se encuentra con que tiene entre sus manos una reproducción de la Señora aparecida.

Él no lo sabía, pero había encontrado la vieja imagen de Lisboa, la Virgen de Belén.

Entonces ya corrió a la ciudad.

Contó lo sucedido.

El joven pueblo de Plasencia se movilizó. Comprobó los hechos. Y emocionados, allí mismo con ramas de árboles levantaron un pequeño cobijo para la bendita Virgen.

En seguida comenzaron los preparativos para sustituir el albergue provisional por una obra más segura.

La decisión inicial miraba al lugar de las apariciones, aunque cargado de dificultades por la extremada pendiente de las laderas. Allí

reunieron los materiales necesarios para comenzar las obras. Mas cuando iban a dar principio los trabajos, los artesanos se encontraron con la sorpresa de que las herramientas y los materiales habían desaparecido.

Pronto se enteraron de que se hallaban más arriba, en el descanso que corona el desfiladero de la montaña, precisamente por donde pasaba el antiguo camino vetón, luego camino real de Castilla, que comunicaba los dos valles.

El suceso no hubiera tenido otra importancia que la pérdida de un día de trabajo, si a la mañana siguiente, ante un nuevo intento de comienzo, otra vez, asombrados, pudieron contemplar repetidos los hechos de la jornada anterior.

Como arreciaran las descofianzas y con ello las disputas, sin que hoy sepamos explicarnos cómo, la verdad es que el hecho se repitió varias veces hasta que se pactó levantar el nuevo templo en el lugar donde aparecían las herramientas, el mismo que en la actualidad ocupa.

Sobre el cancho de las apariciones se colocaron tres cruces que se encargarían de repetir a las generaciones futuras que allí tuvieron lugar las tres milagrosas visiones del pastor.

A partir del siglo XV, sufrió una honda transformación todo el culto a la Virgen del Puerto.

El chantre de la ciudad, don Diego de Lobera, fallecido en 1502, levantó un templo más rico y sustituyó la imagen portuguesa por otra más artística y más en consonancia con los gustos de la época.

«Pensamos en la posibilidad de que la talla que hoy admiramos no sea la original, pues pudo sustituir a una más arcaica y deteriorada por el paso de los siglos.»

Trataba de canalizar hacia Plasencia y hacia su Puerto la ferviente devoción que se tenía en toda la región a María en el momento de dar el pecho a su Hijo. Una moda muy del gusto renacentista y muy extendida en toda la región.

Imágenes como aquélla y algunas anteriores existen en Plasencia e incluso en su Tierra en poblados como Becedas, Guijo de Granadilla, Cañaveral, Cabezuela, Garrovillas, Valverde de la Vera, etc.

Los placentinos quieren que la talla de su Patrona, fuera esculpida por Rodrigo Alemán, el maestro del coro catedralicio. Desde luego lo

que sí resulta cierto es que el genial artista cuando se retrató a sí mismo en una de las sillas del coro, lo hizo trabajando imágenes de María.

Pudo muy bien tomarse un descanso y tallar para don Diego de Lobera, la imagen que siguió llevando el título de Virgen del Puerto, por la sola referencia al lugar donde se encuentra el santuario. Es conocido que el chanfre Lobera y el maestro Rodrigo eran contemporáneos.

Los hijos de San Francisco, los contemplativos de la soledad y de la naturaleza, fueron los encargados de organizar el nuevo culto.

En seguida, en 1521, hicieron reparaciones embelleciendo la ermita que ellos cuidaban.

El Para León X concedió indulgencias «a los que contribuyesen a tan saludable y santo objeto».

La transformación duró muy poco. Sólo se reparó lo más necesario porque el obispo, don Diego de Arce y Reinoso, aprovechó el ambiente creado y, demoliendo el templo existente, edificó otro de mayor amplitud y hermosura.

Lo recuerda una lápida conservada en la ermita:

«A gloria de Dios y de su Madre Santísima se hizo este santuario y obra de limosnas de sus devotos, por no tener renta ni patrono, siendo obispo de Plasencia, el ilustrísimo señor don Diego de Arce y Reinoso, del Consejo de Su Majestad, siendo mayordomo de Nuestra Señora del Puerto, Juan Gutiérrez, canónigo, natural de la villa de Béjar; acabose el año 1644.»

En esta nueva casa permaneció hasta 1720, en que fue construida la actual. En tres años se realizó la magnífica obra que ahora admiramos. Orgullosos de ella, lo grabaron en una inscripción de la fachada principal:

«Ejecutose la nueva fábrica de este santuario a expensas de las limosnas de los devotos, siendo obispo de esta ciudad el ilustrísimo señor don fray Francisco Laso de la Vega; corregidor superintendente, don Juan Francisco de Luján y Arce; mayordomo de Nuestra Señora, don Manuel de Melo; canónigo de esta santa iglesia y capellán de este santuario, don Antonio Cordobés, año de 1723.»

Transformaciones menos importantes se han seguido hasta nuestros días. Siempre la pasión de los juicios personales ha flotado en todos los cambios y arreglos.

Debe ser un exceso de afecto que tiene que canalizarse justamente. Pero lo que está por encima de toda duda es que al pueblo, cuando se le requiere en nombre de su Patrona, depone todos los prejuicios e inscribe jornadas tan gloriosas como las de su coronación canónica o el novenario en la catedral durante el último año mariano.

Hoy el santuario, a pesar de hallarse situado a una legua de distancia, es un punto de encuentro para las devociones marianas de Plasencia.

La Virgen baja a visitar a sus hijos en los momentos cumbres que se lo pide su pueblo. Algo que debía de ser aún más frecuente.

Quizás buscando la cercanía, en la propia Plasencia hay otras tres imágenes de la Virgen en la misma actitud que la del Puerto. Una en la parroquia de El Salvador, tallada en alabastro, extraordinariamente artística. Otra en San Esteban que tiene novena propia. Y la tercera en los muros del palacio de Mirabel, venerada bajo el título del Socorro, la más antigua de todas y posiblemente la primera, fuente de inspiración de todas las de la comarca. Su estilo gótico es patente.

El santuario actual es pequeño, pero extraordinariamente bello y bien adornado. Consta de una sola nave de tres tramos y cubierta con bóveda de cañón con lunetos. La cúpula mayor es de media naranja. El camarín, que sobresale muy acusadamente en el exterior, se halla elevado sobre tres arcos de medio punto y hace las veces de soportal trasero.

El retablo mayor es barroco clasicista, totalmente dorado, sin otras imágenes que la de la Virgen. En lo alto destaca el escudo de Plasencia.

Los azulejos que recorren el zócalo del templo son de Talavera y se han colocado a mediados de nuestro siglo.

Los padres servitas atienden el santuario con solícito cariño. Para hacer más efectiva la devoción y canalizar los deseos marianos se ha fundado la Asociación de la Santísima Virgen del Puerto.

El Papa Pío X la declaró celestial Patrona de Plasencia y su fiesta popular se celebra el «Domingo in Albis», es decir, el domingo siguiente a la Pascua de Resurrección.

Fue coronada canónicamente por concesión del Papa Pío XII el día 27 de abril de 1952, de manos del nuncio de Su Santidad en España.

La corona y el manto son dos joyas excepcionales.

La corona se hizo en los talleres del sacerdote don Félix Granda de Madrid. Todas las damas placentinas contribuyeron con sus joyas de oro, plata, perlas y diamantes en forma tan obsequiosa que admira la monumentalidad de lo conseguido.

El manto, bordado también en oro, lleva cinco medallones, bordados en seda, con escenas marianas: En el centro la aparición al pastor. Luego la Anunciación, Nacimiento, Presentación en el Templo y Huida a Egipto.

No podemos olvidar que la Santísima Virgen del Puerto tiene su santuario propio en Madrid. Por voluntad expresa de don Francisco Antonio de Salcedo y Aguirre, marqués de Vadillo, levantó una artística obra en las riberas del Manzanares.

Conmemora la captura de una banda de sacrílegos ladrones, que, habiendo entrado en el santuario placentino, fueron presos por dicho señor marqués, cuando era corregidor de Plasencia.

Se trata de una obra barroca realizada por el arquitecto Pedro de Ribera, levantada en el siglo XVIII. Fue sufragada por el mismo señor marqués de Vadillo, cuando ya era corregidor de Madrid.

La devoción a la Virgen del Puerto está enraizada en lo más profundo del alma del pueblo placentino.

Puede ser que algunos de los extremos de la leyenda que sublima el origen de la devoción a esta imagen puedan ser discutidos o quizás fruto de la imaginación colectiva de un grupo. No importa.

En la leyenda aceptada por una comunidad, sus extremos de veracidad importan menos que la vivencia emocional que le dedica el grupo que la acepta. Cuando cobra vida y produce efectos benéficos la esencia de la creencia, es entonces cuando se debe valorar la razón de esa devoción. Eso en lo religioso se mide por la consolidación de un culto en un lugar determinado respecto a un ser autorizado por el cielo en beneficio de una comunidad concreta.

Todo se cumple prodigiosamente en la Virgen del Puerto respecto a Plasencia.

Siempre se ha pensado así y los testimonios son fervientes desde el siglo XVI. Ahí está el testimonio del cronista y médico placentino, Luis de Toro: «En la cima del monte que mira a la ciudad hacia el septentrión, a unas tres millas de distancia hay una capilla de la Santa

Madre de Dios, ciertamente pequeñita, pero hermosa (con una casa adjunta y algunos huertos), muy célebre ciertamente en este país, tanto por las muchas cosas admirables que la Madre de Dios hace en él, como por la amenidad del paisaje en el que descubren los ojos espaciosos prados, sorprendentemente verdes, por aquella parte que está muy abierta».

«Por consiguiente, casi ningún día deja de venir a la misma capilla una gran multitud de fieles que devotamente cantan al Señor.»

«Cuando estaba bajo el mando de los franciscanos, en el año 1570, fue adscrito a la dignidad episcopal.»

Desde entonces y siempre no faltan en el lugar cada día devotos visitando a su Virgen.

El pueblo celebra la fiesta principal el Domingo de Pascua. Placencia entera se desplaza a la montaña en populosa romería. El acto culminante es la procesión, cuando la imagen se pasea en alto mecida por miles de brazos que pugnan por tocar al menos sus andas.

La fiesta litúrgica es el sábado siguiente a la fiesta, que cae ya dentro de la novena, que comienza el lunes siguiente a la fiesta popular.

La Virgen tiene sus propios himnos y las letrillas propias de todos los santuarios para acompañar al Ave María:

La Virgen del Puerto
del cielo bajó
y en esta montaña
su imagen dejó.

Ave, ave, ave, María.
Ave, ave, ave, María.

Placencia lo sabe
y altar levantó;
a su dulce Madre,
el «Ave» entonó.

Cuando las tres cruces

veo en el canchal,
aumentan las luces,
de amor celestial.

Sois de Valcochero
la más bella flor,
que en estos senderos
descubrió el pastor.

El Jerte retrata
su ermita al pasar
y en ondas de plata
rima este cantar.

NUESTRA SEÑORA DE ARGEME CORIA (CÁCERES)

Era el obispado más antiguo de Extremadura después de la liquidación de Mérida. Ha sobrevivido hasta nuestro tiempo, cuando ha sido trasladado a Cáceres y le queda el consuelo de llamarse diócesis de Coria-Cáceres. Pero siempre le quedará su historia y su catedral como una reliquia acusadora.

Hay constancia indiscutible de que el obispo de Caurium, Jacinto o Jaquinto, acude al III Concilio de Toledo en 589 y es uno de los firmantes de sus actas.

La ciudad como tal, en tiempo de los vetones, fue una de las grandes capitales de la región, firmemente asentada sobre la barrera natural que defienden las aguas del Alagón.

Los romanos comprendieron su importancia y la convirtieron en fortaleza con murallas, puentes y acueductos. Se hallaba sobre una de las rutas más importantes del Oeste peninsular, la vía de la Dalmacia, que arrancaba de la vía de la Plata, después de pasar el Tajo.

Importancia que ya no vuelve a perder porque en la Reconquista fue objeto de diversas conquistas y reconquistas como las de Alfonso III en el siglo IX o la de Alfonso VI en el siglo XII, para terminar definitivamente cristiana en tiempos de Alfonso VII el año del Señor de 1142.

En 1227 se le conceden los fueros de ciudad libre, después de haber estado bajo el patronazgo de los templarios.

Por fin Enrique IV la convierte en cabecera de condado para pasar a dominios de la casa de Alba, que sabe convivir con las exigencias de los obispos. Situación que se prolongó hasta el siglo pasado, cuando fue suprimido el régimen nobiliario.

Entre los bellos recuerdos de tanta pasada grandeza hay que destacar a la Virgen de Argeme, Patrona de la ciudad y siempre con santuario propio. A ella se alude ya en el Fuero de la Coria.

Existen en la propia imagen signos de su vetusta antigüedad, que pueden fechar la talla actual en el siglo XII o principios del XIII, los años en que se habla de su descubrimiento.

Es presumible que antes de esta talla románico-gótica pudiera exis-

tir otra, la que fue escondida a principios del siglo VIII, ante las dificultades de la invasión musulmana.

La imagen actual ha sido objeto de sucesivas restauraciones, no siempre afortunadas, con el intento de servir a las modas de cada época, entre las que destaca el vestirla con sucesivos mantos según las fiestas.

Su origen puede estar en una piadosa donación de alguno de los reyes, obispos o magnates, que se interesaron por la ciudad, porque las características iniciales la hacen oriunda de talleres leoneses.

El interesante origen de la imagen se vela con piadosas leyendas, entre las que nos parece más interesante la que nosotros seleccionamos.

En el siglo XII, después de la conquista definitiva por parte de Alfonso VII, se hacen repartos entre los caballeros participantes, asentados en el término. Las importantes vegas del Alagón propiciaban el interés entre los terratenientes beneficiados.

Uno de estos grandes favorecidos poseía unas tierras en las que utilizaba para trabajar tanto moros como cristianos, acogidos a su servicio.

Cierto día, uno de esos criados labraba en los altozanos que dominan el Alagón, convertidos en bancales de labor.

Lo hacía con una pareja de bueyes que de pronto se paró ante una inoportuna losa que pinzaba la reja. El labrador, muy avezado en su trabajo, no juzgó suficiente el motivo de aquella piedra, para que se detuviera la yunta. Por eso los excita enfurecido con su aijada, porque, a su parecer, debían arrollar el obstáculo.

El buey con más dificultades se llamaba «Geme», vocablo quizás familiar de gemelo. Por eso escuchaba los peores gritos:

—¡Ara, Geme! ¡Ara, Geme!...

¡Ara, Geme, ara!

Todo resultaba inútil.

Entonces el propio yuntero, para facilitar las cosas, intentó retirar la piedra donde se hallaba trabada la reja. Fue cuando descubrió con sorpresa la pequeña Virgen, celosamente escondida.

Como a lo mahometanos les están prohibidas las representaciones antropomórficas de sus creencias, y para los cristianos eran muy contadas sus imágenes, moro o cristiano creyó tener delante una muñeca.

La llevó junto a sus aperos y entonces los bueyes siguieron arando con toda normalidad.

Al anochecer recogió todas sus pertenencias y marchó contento a casa porque llevaba un regalo inesperado para los suyos. Mas al llegar ante su familia e intentar deshacer el envoltorio, quedó sorprendido y disgustado. La muñeca había desaparecido.

La habría perdido en el regreso u olvidado en la tierra.

A la mañana siguiente, antes de iniciar la faena, para consolarse del hallazgo, se acercó al lugar del encuentro y vio con sorpresa que la muñeca se encontraba allí nuevamente.

Quiso engañarse a sí mismo y pensó que la habría dejado en el lugar de la aparición. Por eso repitió la escena de la jornada anterior. La tomó con sumo cuidado y la llevó junto a sus enseres, tapándola con todo esmero. Hoy cumpliría la sorpresa para los suyos.

Pero también esta vez se repitió la escena: ¡La muñeca había desaparecido!

Sin perder tiempo, al amanecer, volvió al lugar del hallazgo y pudo comprobar tembloroso que lo que él llamaba muñeca se hallaba cuidadosamente depositada en el lugar del primer encuentro.

Ya no pudo más. Corrió a la ciudad para anunciar a su dueño lo sucedido. El amo, cristiano, lo refirió a las autoridades. Aquel mismo día, en breves momentos, se comprobaron y tipificaron los hechos. Todos coincidían:

—Aquello era algo sobrenatural. La muñeca, desde luego, era una Virgen regalada por el cielo.

En una ciudad tan clerical apenas hubo dificultades para asumir las responsabilidades de un compromiso sobrenatural. En seguida se levantó la primera ermita.

Las distintas versiones de la leyenda sufren alguna modificación como asignar el nombre de Geme al criado y no al buey.

El historiador de Coria, Rodrigo Méndez Silva, afirma que, más allá de la leyenda, existe la verdad del hallazgo, hacia 1124, de una imagen escondida en los primeros años de la Reconquista.

La imagen actual sería entonces una sucesión de la antigua y primera.